

"Getsemaní"

¿Qué harías si supieras que hoy sufrirás y morirás antes de que termine el día? ¿Cómo orarías? De todos los desafíos que enfrentó Jesús, ninguno fue más grande que el que enfrentó en el Jardín de Getsemaní. Jesús fue allí a medianoche y pasó tres horas orando porque necesitaba hablar con Su Padre celestial. Predijo Su muerte inminente, cómo uno de los discípulos lo traicionaría, cómo otro lo negaría y cómo todos ellos se esparcirían. Sabía que ellos se desanimarían y dudarían de Su resurrección.

Todos enfrentamos momentos de gran dolor y dificultad. Aunque Jesús era el Hijo de Dios, Él también enfrentó esas cosas en Getsemaní. Caminó por esta tierra sabiendo que sería despreciado y rechazado. Puede que nosotros no enfrentemos una cruz que cause nuestra ejecución, pero también enfrentamos rechazo, fracasos y decepciones. Jesús se dirigió al Padre en oración, y espero que, en tu noche más oscura, tú también te vuelvas a Dios en oración. Jesús oró para hacer lo que era correcto y mejor para todos, y Dios escuchó Su oración. Si le pides ayuda a Dios para hacer lo correcto, Dios también escuchará tu oración.

Nuestra lectura de hoy viene del libro de Hebreos 5:7-9, que nos habla sobre las oraciones de Jesús mientras estaba en Getsemaní y lo que oró:

"Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen"

¡Qué agradecidos deberíamos estar de que Jesús estuviera dispuesto a morir por nosotros, obedeciendo al Padre! Y esto nos anima a obedecerle también. Oremos juntos: Padre, estamos agradecidos por el sacrificio de Jesús. Nos duele saber que Él tuvo que soportar tanto dolor y sufrimiento. Pero te agradecemos que Él te amó a Ti, Padre, y que nos amó tanto que estuvo dispuesto a morir por nosotros. Así como Él obedeció, oramos para que nos ayudes a ser obedientes en todas las cosas. En el nombre de Jesús, amén.

Jesús tuvo una vida de oración extensa y dedicada. Él sabía la importancia de mantenerse cercano a Su Padre celestial. Jesús oraba frecuentemente antes de hablar, de actuar, en momentos difíciles o al tomar decisiones importantes. Para los judíos, la oración era una práctica diaria normal. Tenían horarios establecidos para orar, oraciones en la sinagoga, la acción de gracias antes de las comidas, oraciones personales en la mañana, la tarde y la noche, y oraciones durante los sacrificios en el templo. Aunque no se menciona todo lo que hacía Jesús en su día a día, los cuatro evangelios dicen mucho sobre Su vida de oración.

Como Hijo de Dios, Jesús entendía la importancia de una oración regular y privada. Había estado en el cielo con el Padre desde toda la eternidad. Él amaba a Su Padre y era amado por Él. El tiempo de oración era un tiempo santo con Su Padre celestial. Toda Su vida y ministerio estuvieron llenos de oraciones al Padre, a quien amaba profundamente. Cuando amamos a alguien, hablamos con esa persona. Hablamos en los buenos tiempos y en los malos, porque los amamos y queremos compartir nuestras vidas con ellos. Es a través de la oración que compartimos nuestras vidas con el Padre celestial.

Jesús estaba enfrentando un momento extremadamente difícil, sabiendo que enfrentaría la cruz. Él sabía lo que era la flagelación y la crucifixión. Sabía cuán grande sería la agonía de la cruz.

También sabía, según el Salmo 2, que los judíos y los gentiles se volverían contra Él. El Salmo 2:2 predice que: "Se levantarán los reyes de la tierra, Y príncipes consultarán unidos Contra Jehová y contra su ungido"

Sabía por Isaías 53 que sería despreciado y rechazado. Jesús sabía que Jehová cargaría sobre Él el pecado de todos nosotros. Isaías 53:4-6 dice: "Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros."

El Señor Jesús mismo profetizó detalles específicos acerca de su muerte. En Mateo 20:17-19 Jesús dijo: "Subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte en el camino, y les dijo: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte; y le entregarán a los gentiles para que le escarnezan, le azoten, y le crucifiquen; mas al tercer día resucitará." Jesús podía ver la luz de su resurrección, pero los discípulos al principio no lo entendían.

Cuando Jesús fue al Getsemaní, estaba preocupado por sus discípulos. Les dijo en Lucas 22:40: "Orad que no entréis en tentación." Sabía que su muerte sería devastadora para ellos. En Mateo 26:36-39 dice: "Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro. Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo. Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú."

Jesús estaba extremadamente triste y angustiado porque sabía lo que se avecinaba. Hebreos 10:4-7 explica por qué vino a esta tierra: "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí." Jesús sabía lo que tenía que hacer para cumplir las Escrituras. Hebreos 10:7 cita el Salmo 40:7-8 que dice: "Entonces dije: He aquí, vengo; En el rollo del libro está escrito de mí. El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, Y tu ley está en medio de mi corazón." Aunque Jesús estaba angustiado, su deleite era hacer la voluntad de Dios.

Esta es la oración que incluía fuertes clamores y lágrimas. Era una oración de alguien que temía lo que estaba por venir, pero que lo aceptó de todos modos. Lucas describe lo difícil que fue para Jesús. En Lucas 22:44 dice: "Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra." Este pasaje describe el inmenso dolor emocional que Jesús sintió al pensar en lo que iba a suceder en la cruz.

Algunas personas imaginan que Jesús, por ser el Hijo de Dios, no sufrió mucho en la cruz. Pero debemos recordar que Jesús, siendo el Hijo de Dios, también era humano y tenía un cuerpo de carne. Juan 1:14 dice: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." Como hombre, sufrió físicamente de hambre, sed, cansancio, dolor y muerte. También podía sufrir emocionalmente.

Filipenses 2:5-8 dice: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz." Si Jesús no hubiera tenido carne, no podría haber muerto como ofrenda por nuestros pecados.

Hebreos 2:14-15 explica: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre." El Señor Jesucristo, a través de Su sufrimiento, pudo vencer al diablo y liberarnos del temor a la muerte.

Jesús oró durante todo Su sufrimiento. Jesús comenzó, continuó y terminó Su experiencia en la cruz con oración. Jesús oró por aquellos que lo estaban crucificando mientras era crucificado. Dice en Lucas 23:33-34: "Y cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes."

Jesús oró a la hora novena: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:45-46). La hora novena era las tres de la tarde. Cuando reflexiono sobre esta declaración, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?", se me parte el corazón. Jesús sufrió haciendo la voluntad de Dios por mis pecados, y esto me hace ver mis pecados bajo una nueva luz. Fueron mis pecados los que causaron Su sufrimiento. También hiere mi conciencia y me llena de culpa y vergüenza.

Esta declaración sobre el desamparo es una cita del Salmo 22:1. Es un salmo de oración que comienza con un sentimiento de abandono, pero termina con una declaración de alabanza al Señor, el Padre celestial. Aunque Jesús se sintió desamparado, también sabía que Su muerte glorificaría al Padre y nos bendeciría a todos. Pedro revela que Jesús oró durante todo este doloroso calvario. En 1 Pedro 2:21-24 leemos: "Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados."

Jesús oró justo antes de exhalar Su último suspiro: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23:46). Jesús había estado confiándose al Padre todo el tiempo. Ahora que estaba muriendo, entregó Su espíritu (separado de Su cuerpo) en las manos de Su Padre. Sabía que después de Su sufrimiento, iría al Padre.

Y por eso pudo orar Su última oración en Getsemaní. Recordemos lo que dice Mateo 26:39: "Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú." Su deseo humano era evitar el sufrimiento y la muerte, pero el deseo de Su corazón y alma era hacer la voluntad del Padre. Mateo 26:42 dice: "Otra vez fue, y oró por segunda vez, diciendo: Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad." La oración de Jesús reflejó Su comprensión de que lo mejor no era ser rescatado de la agonía, sino rescatarnos a nosotros a través de Su agonía.

Jesús tomó Su decisión antes de ser traicionado. Apocalipsis 13:8 en la versión Reina-Valera 1960 llama a Jesús “el Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.” El Señor Jesús pudo decir en Juan 10:17-18: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.” Más tarde, Jesús dijo en el versículo 30: “Yo y el Padre uno somos.” En la noche en que fue traicionado, Jesús dijo en Juan 14:31: “Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos, vámonos de aquí.” Y, por supuesto, fue entonces cuando fue a Getsemaní. Jesús ya había tomado su decisión. Jesús entendía que la voluntad del Padre era más grande que Su comodidad personal.

Hebreos 12:1-3 dice: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar.”

El gozo que estaba puesto delante de Él en la cruz era ganar los corazones de aquellos que lo seguirían al cielo. Puso su corazón en el pueblo que lo amaba y se sacrificó por ellos. Jesús no desistió en la cruz porque sabía lo que significaba morir por nuestros pecados como sacrificio expiatorio. No llamó a doce legiones de ángeles para que lo rescataran de la crucifixión. Estuvo dispuesto a sufrir hasta el final para que pudiéramos ser liberados del pecado y vivir en justicia.

¿Es hoy tu oración seguir la voluntad de Dios? ¿Estás dispuesto a sacrificarte por la voluntad de Cristo? Quizás tú también necesites orar la difícil oración de hacer la voluntad de Dios. ¿Pondrás tu confianza en el Señor? ¿Orarás diciendo: “Hágase Tu voluntad”?

Oremos juntos: Padre Celestial, que en todo se haga Tu voluntad. Ayúdanos a vivir vidas que te glorifiquen y que te alaben. Padre, aun en los momentos más difíciles, oramos para que se haga Tu voluntad en la tierra como en el cielo. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús. Amén.

Hebreos 5:8-9 dice: “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.” Jesús aprendió la obediencia de la manera difícil al sufrir las pruebas, el azote y la cruz. Nosotros también debemos aprender obediencia en nuestras vidas. Hacer lo que es difícil para cumplir la voluntad del Señor es donde nos negamos a nosotros mismos, tomamos nuestras cruces cada día y seguimos al Señor Jesús.

Filipenses 2:5-8 nos recuerda: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”

Las Escrituras dejan claro que el camino del Señor es la manera de servir a Dios. No hay sustitutos para el camino del Señor, ni para la obediencia. Así como Jesús tuvo una cruz que llevar, también nosotros tenemos nuestra propia cruz. Nunca nos negaremos a nosotros mismos ni tomaremos nuestra cruz hasta que pongamos nuestra fe y amor en el Señor Jesucristo. Esto significa creer en Él y en lo que dice. Negarnos a nosotros mismos significa dejar de vivir en pecado o para nuestros deseos

egoístas y empezar a vivir en justicia por amor al Señor. Tomar nuestra cruz también significa confesar a Cristo Jesús como el Hijo de Dios delante de otros.

Primero somos crucificados con Cristo cuando morimos con Él, somos sepultados con Él y resucitados con Él en el bautismo (Romanos 6:3-7). Cuando somos bautizados, Dios nos da una nueva vida, nos libera del pecado y nos hace Sus hijos. Por eso te invito a ser bautizado en Cristo.